

EL PARO FORZOSO

Emile Zola

I

Por la mañana, cuando llegan los obreros al taller, lo encuentran frío, negro, con tristeza de ruina. En el fondo de la gran sala, la máquina está muda, con sus brazos delgados, con sus ruedas inmóviles; y pone allí una melancolía más, ella, cuyo soplo y movimiento animan de ordinario toda la casa, con el latido de un corazón gigante, rudo para el trabajo.

El patrón baja de su oficinita, y dice con aire triste a los obreros:

—Hijos míos, no hay trabajo hoy... No vienen pedidos; por todas parte recibo contraórdenes, y me voy a quedar con las mercancías en la mano. Este mes de diciembre con el cual contaba yo, este mes de gran trabajo en los otros años, amenaza con arruinar las casas más sólidas. Hay que suspenderlo todo.

Y al ver que los obreros se miran entre sí —con el miedo de la vuelta a sus casas, el miedo al hambre del día siguiente, añade en tono más bajo:

—No soy egoísta, no, os lo juro... Mi situación es tan terrible, mucho más terrible quizá que la vuestra. En ocho días he perdido cincuenta mil francos. Hoy paro el trabajo para no agrandar más el abismo; y no tengo aún ni un franco para los vencimientos del 15... Ya veis que os hablo como amigo, que no os oculto nada. Mañana quizá estarán ya aquí los curiales. No es culpa nuestra, ¿verdad? Nosotros hemos luchado hasta el fin. Habría querido ayudaros a pasar este mal rato; pero no es posible. Esto se acabó, estoy hundido; no tengo ya pan que compartir.

Después, les tiende la mano. Los obreros se la estrechan en silencio. Y, por espacio de algunos minutos, permanecen allí mirando sus herramientas inútiles, sus puños cerrados. Las otras mañanas, desde el alba, cantaban las limas y los martillos les llevaban el compás; y todo ello parece dormir ya en el polvo de la quiebra. Son veinte, treinta familias las que no comerán la semana siguiente. Algunas mujeres que trabajan en la fábrica tienen lágrimas en el borde de los párpados. Los hombres quieren mostrarse más firmes, y se las echan de valientes, diciendo que nadie se muere de hambre en París.

Después, cuando el patrón les deja y le ven marcharse, encorvado en ocho días, agobiado quizá por un desastre más grande aún que el que confiesa, se retiran uno por uno, con la garganta oprimida y frío el corazón, como si salieran de una habitación de muerte. El muerto es el trabajo, la gran máquina muda, cuyo esqueleto se ostenta siniestro en la sombra.

II

El obrero está fuera, en la calle, sobre la acera. Ha recorrido la ciudad durante ocho días sin poder encontrar trabajo. Ha ido de puerta en puerta, ofreciendo sus brazos, ofreciendo, sus manos, ofreciéndose por entero para cualquier clase de labor. la más asquerosa, la más dura, la más mortífera. Todas las puertas se le han cerrado.

Entonces, el obrero ha ofrecido trabajar a mitad de precio. Las puertas no se han vuelto a abrir. Aunque trabajara de balde no le podrían emplear. Es el paro forzoso, el terrible paro forzoso que toca a muerto en las guardillas. El pánico ha parado todas las industrias, y el dinero, el cobarde dinero se ha escondido.

Al cabo de ocho días está ya visto. El obrero ha hecho una tentativa suprema, y vuelve lentamente, con las manos vacías agobiado de miseria. Cae la lluvia. Aquella noche, París está fúnebre sobre el lodo. El obrero anda aguantando el chubasco, sin sentirlo, no viendo nada más que su hambre, y deteniéndose para llegar menos pronto. Se ha apoyado en un parapeto del Sena; las crecidas aguas fluyen con largo ruido; en un pilar del puente se estrellan salpicaduras de blanca espuma. Se inclina más, y la colosal masa de agua pasa por debajo de él, como llamándole furiosamente. Después, se dice que aquello sería una cobardía, y se aleja.

La lluvia ha cesado. El gas reluce en los escaparates de las joyerías. Si rompiera un cristal, de un puñado cogería pan para varios años. Las cocinas de los restaurantes se encienden y, detrás de las cortinas de muselina blanca, el obrero ve personas que comen. Apresura el paso y sube hacia el arrabal a lo largo de las carnicerías, de las pastelerías, de todo el París tragón que se ve en las horas de hambre.

Al ver llorar a su mujer y a su hija aquella mañana, les ha prometido pan para la noche. No se ha atrevido a ir a decirles, antes de caer en las sombras, que faltaba a su promesa. Mientras camina, se pregunta cómo entrará en su casa, y qué les contará para hacerles tener paciencia. Pero no pueden estar más tiempo sin comer. El ya lo intentaría, pero su mujer y su hija son demasiado enclenques.

Y, por un instante, tiene la idea de mendigar. Pero cuando una señora o un caballero pasan por su lado y piensa en tender la mano, su brazo se envara y su garganta se oprime. Se queda plantado en la acera, en tanto que las personas bien vestidas se vuelven, creyéndole borracho, al ver su rostro feroz de hambriento.

III

La mujer del obrero ha bajado al portal, dejando arriba a la niña dormida. La mujer está delgadísima; su traje es de percal. Tirita al recibir los soplos helados de la calle.

Ya no le queda nada en la guardilla; todo lo ha llevado al Monte de Piedad. Ocho días sin trabajo bastan para vaciar la casa. El día anterior ha vendido en casa de un prendero el último puñado de lana de su colchón; ahora ya no le queda más que la tela, que ha colgado delante de la ventana para impedir que entre el aire, porque la pequeña tose mucho.

Sin decírselo a su marido, ella ha buscado por su parte; pero el paro ha herido mucho más rudamente a las mujeres que a los hombres. En su mismo rellano, hay desgraciadas a quienes se oye sollozar toda la noche. Una encontró en pie en la esquina de una acera; otra ha muerto, otra ha desaparecido.

Ella, por fortuna, tiene un buen hombre, un marido que no bebe. Estarían muy holgadamente, si aquello no les hubiera despojado de todo. Ha agotado ya el crédito; debe al panadero, al droguero, a la frutera, y ya no se atreve a pasar por delante de las tiendas. Por la tarde ha ido a casa de su hermana para pedirle un franco; pero ha encontrado allí tal miseria, que se ha echado a llorar, sin decir nada, y las dos, su hermana y ella, han llorado juntas largo tiempo. Después, al marcharse, le ha prometido llevarles un pedazo de pan, si su marido volvía con algo.

El marido no vuelve. Cae la lluvia, pero ella se refugia en el portal; gruesas gotas se estrellan a sus pies, y un polvillo de agua cala su delgado vestido. A ratos le asalta la impaciencia; sale, a pesar del chubasco y llega hasta el extremo de la calle, para ver si a lo lejos ve al que aguarda. Y, cuando vuelve, está empapada en agua; se pasa la mano por los cabellos, para enjugárselos, y hace acoplo de paciencia, sacudida por cortos escalofríos de fiebre.

Al ir y venir, los transeúntes le dan codazos. Procura empequeñecerse para no molestar a nadie. Algunos hombres la han mirado de frente; a ratos, siente que le rozan el cuello tibios alientos. Todo el París sospechoso, la calle con su lodo, la cruda claridad, el rodar de los coches, todo parece querer arrebatlarla y arrojarla al arroyo. Tiene hambre y es de todo el mundo. Enfrente hay un panadero, y la mujer piensa en la pequeña que duerme allá arriba.

Después, cuando llega por fin el marido, deslizándose como un malhechor a lo largo de las casas, ella se abalanza a él y le mira ansiosamente.

—¿Qué hay? —balbucea.

El no responde y baja la cabeza. Entonces ella sube delante, pálida como una muerta.

IV

Arriba, la pequeña no duerme. Se ha despertado y piensa, delante de un cabo de vela que agoniza en un rincón de la mesa. No se sabe qué cosa monstruosa y desconsoladora pasa por el rostro de aquella niña de siete años, de facciones marchitas y serias de mujer formada.

Se ha sentado al borde del baúl que le sirve de cama. Sus desnudos pies cuelgan tiritando; sus manos de muñeca enfermiza estrechan contra el pecho, los jirones que la cubren. Siente allí una quemadura, un fuego que quisiera apagar. Piensa.

No ha tenido nunca juguetes. No puede ir al colegio porque no tiene zapatos. Siendo más pequeña, recuerda que su madre la llevaba a pasear al sol. Pero aquello está ya muy lejos. Fue preciso mudarse y desde entonces, le parece que un gran frío ha pasado por la casa. Desde entonces, no ha estado nunca contenta; siempre ha tenido hambre.

Es una cosa profunda a la que desciende sin poder comprenderla. ¿Tiene hambre todo el mundo? Ella ha procurado acostumbrarse y no ha podido. Piensa que es demasiado pequeña, que hay que ser mayor para saber. Su madre sabe sin duda esa cosa que se oculta a los niños. Si se atreviera, le preguntaría quién nos echa así al mundo para tener hambre.

¡Además, es tan fea su casa! Mira la ventana en que se agita la tela del colchón, las paredes desnudas, los muebles desvencijados, toda la vergüenza de la guardilla a la que el paro forzoso mancha con su desesperación. En su ignorancia, cree haber soñado alcobas tibias, con objetos hermosos que relucían; cierra los ojos para volver a verlas; y a través de sus delgados párpados, la luz de la vela se convierte en un gran resplandor de oro en el cual querría entrar. Pero sopla el viento y por la ventana se cuele tal corriente de aire que le asalta un golpe de tos. Tiene los ojos llenos de lágrimas.

En otro tiempo tenía miedo cuando la dejaban sola; ahora ya no sabe, le es igual. Como no han comido desde la víspera, piensa que su madre ha bajado a comprar pan. Entonces, esta idea la distrae. Cortará el pan a pedacitos y se los comerá lentamente, uno por uno. Jugará con el pan.

La madre ha vuelto y el padre ha cerrado la puerta. La pequeña les mira las manos a los dos muy sorprendida. Y como nada le dicen, al cabo de un momento repite con acento cantante:

—Tengo hambre, tengo hambre.

El padre se ha cogido la cabeza con las manos, en un rincón de sombra, y permanece allí, anonadado, con los hombros estremecidos por rudos sollozos silenciosos y ahogados. La madre, reprimiendo las lágrimas, ha ido a acostar de nuevo a la pequeña. La tapa con todos los andrajos de la casa y le dice que sea buena, que duerma. Pero la niña, cuyos dientes castañetean de frío, y que siente arder más fuerte el fuego de su pecho, se torna muy atrevida. Se cuelga del cuello de su madre y después, dulcemente:

—Di, mamá —pregunta— ¿Por qué tenemos hambre?